

## E/M/2

EL MUNDO [www.elmundo.es](http://www.elmundo.es)

Literatura / 55

Lorenzo Silva  
habla contra  
las banderas

## AUTOBIOGRAFÍA

Hugo Pratt se cuenta a sí mismo en una honda conversación titulada 'El deseo de ser inútil'

## La larga sombra de Corto Maltés

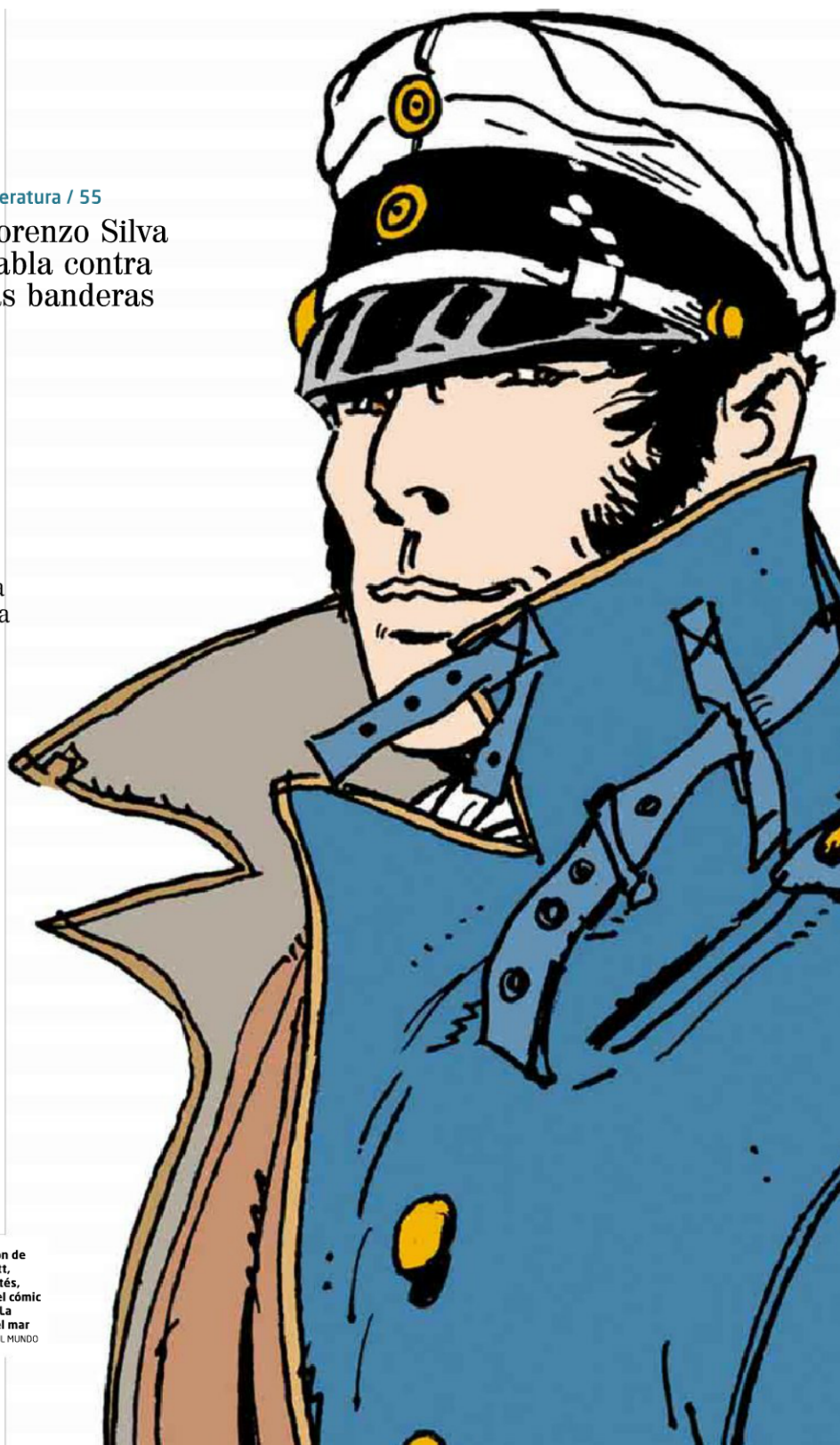
LUIS MARTÍNEZ / Madrid

Toda autobiografía tiene algo de impostura. De narcisismo huero primero, y de ejercicio quizá imposible después. Al fin y al cabo, lo que hace buena a una aventura (pues de eso se trata), más que los recuerdos, son los olvidos. Detrás de cada tesoro descubierto hay largas horas vacías de navegar sin rumbo. Casi nunca, para qué negarlo, sucede nada más que nada. Todo ello, exigencia misma de la mecánica del relato, desaparece, se olvida. «Contar, de alguna manera, es mentir», reconoce el propio Pratt. Para que un cuento tenga sentido hace falta olvidar, precisamente, la vida.

Consciente de ello, el citado Hugo Pratt (Rimini, 1927-Lausana, 1995), creador de Corto Maltés (o al revés), cambió su autobiografía por algo tan simple, mundano y, por ello, vivo como una larga conversación con un amigo. Y, en efecto, eso es *El deseo de ser inútil* (Confluencias), una charla distendida a veces, emocionada las más, entre el más brillante heredero de Stevenson y su amigo Dominique Petitfaux.

Sigue en **página 54**

La creación de Hugo Pratt, Corto Maltés, nació en el cómic de 1967 'La batalla del mar salado'. / EL MUNDO



## EM2 / CULTURA



Acuarela de Hugo Pratt con la que se inicia el recorrido biográfico del dibujante en el libro 'El deseo de ser inútil', publicado en Confluencias. / EL MUNDO

## HUGO PRATT

● «Muchos viven en mí y postrarme ante sus tumbas es un acto de gratitud»

● «No sólo tengo el placer de ser inútil, sino el deseo de ser inútil»

Viene de **página 53**

Y así, tan importante como lo recordado es cada palabra, cada gesto, cada acto de amor arrojado al silencio. «Para un creador como él», recuerda Petitfaux de su amigo, «el trabajo de escribir su propia vida era demasiado aburrido. Diseñamos el plan de un libro convencional de forma que yo ponía sobre el papel sus recuerdos. Lo hicimos y, con el libro ya impreso, Pratt decidió que no podía ser así. Todo le sonaba pretencioso, pedante, falso. Así que empezamos de nuevo y esta vez escribimos las preguntas y las respuestas. Como la conversación que fue».

«Mi padre tenía razón: encontré mi isla del tesoro... cuando pienso en aquellos que me acusaban de ser inútil, y en lo que ellos consideraban útil, he de decirles que, frente a ellos, no sólo tengo el placer de ser inútil, sino el deseo de ser inútil». Se lee al final, precisamente, de este relato para dar fe del viaje, de cual-

quiera de ellos. Del trayecto de la vida y del periplo del propio libro. Así, el lector es invitado a recorrer la infancia veneciana de Pratt, la adolescencia convulsa (como todas) en Etiopía («Mariam, una chica etíope, me inspiró un sentimiento muy puro... Quizá fue entonces cuando empecé a distanciarme del fascismo, que me prohibía jugar con los nativos...», recuerda), la juventud de regreso a una Italia en llamas por la Segunda Guerra Mundial y lo que siguió después a través de Argentina, Brasil y el ancho mundo. Hasta conocer a un marinero extraño y taciturno llamado Corto Maltés. Y con él, una señora ruidosa, molesta e irrenunciable llamada fama.

«La creación de Corto Maltés», reflexiona Petitfaux, «es la síntesis de las dos experiencias centrales en la vida de Pratt: la de la propia vida (una vida de viajes y, por tanto, llena de aventuras) y la de los libros (allí donde fue, se llevó los cerca de 20.000 volúmenes que componen su biblioteca). Corto viaja por los países que antes visitó Pratt y tiene las mismas referencias literarias que él. Ningún otro cómic presenta tantas citas a libros como la colección de Corto. El vínculo Corto-Pratt es fundamental. Corto es una emanación de Hugo». Y viceversa cabría añadir.

Y así, entre libros, un día de 1967 vio la luz este marinero hijo de gitana española. En *La batalla del mar salado* un hombre aparece atado a un trozo de madera a la deriva con los brazos y las piernas en cruz. Es la primera aparición de Corto. Dice Pratt que se inspiró en las películas *La venganza del bergatín*, de Edward Ludwig, y *Rebelión a bordo*, de Frank Lloyd. Y cuenta que por sus venas, las suyas y las del maltés, corre tinta del ir-

landés Henry de Vere Stacpoole, de Stevenson, Conrad, Melville, London... Siempre libros.

De hecho, gran parte de *El deseo de ser inútil* es un proceloso cuento y recuento de libros. Pratt viajó y leyó. Las dos únicas actividades que justifican una vida. Así sabemos de su vagar por el mundo y de su afición, como la de Corto, a visitar cementerios («Muchos otros, aparte de mí, viven en mí, y postrarme ante sus tumbas es un acto simbólico, un testimonio de mi gratitud por lo que me han aportado»). Y así tenemos noticia, sobre todo, de todos aquellos que le han acompañado en su «peregrinar», como a él le gusta decir.

Desde Kipling a Coleridge pasando por Rimbaud, Yeats, Chrétien de Troyes, Borges o Shakespeare (por citar a los más citados) todos ellos componen el primer rango de un corpus que, a su vez, se sostiene merced a la lecturas enfebrecidas de Jack London, Curwood, Zane Grey, Kenneth Rogers o Edgar Wallace. «Los modos de expresión difieren, pero el esfuerzo creativo es el mismo para contar una historia con la impronta de lo maravilloso, y a la vez épica y llena de poesía. La emoción que siento cuando veo esa película realizada en 1933 por Merian Cooper y Ernst Schoedsack [*King Kong*] no es cualitativamente inferior a la que me procura la lectura de Chrétien de Troyes», dice para dejar claro que, para él, la palabra 'culturas' no existe en singular.

En definitiva, Pratt desciende, como todos los narradores, de Homero. «Dijo Umberto Eco que toda la obra de Pratt es nostalgia de la literatura de aventuras, de la *Odisea*», recuerda el amigo. Y el autor no puede por menos que darle la razón. Y se la da por él mismo y por su alter ego: «Co-

mo Ulises, Corto es un marinero que va de aventura en aventura... Descubrí a Homero muy pronto, gracias a un profesor de primaria... El problema es que sólo nos leía tres páginas al día, lo que era frustrante. Tenía ocho años, y debió ser el primer libro que conseguí por mí mismo». Y fue

«El secreto, por lo demás, no vale lo que valen los caminos que me condujeron a él. Esos caminos hay que andarlos». Imaginaba Borges en su cuento *El etnógrafo* la historia de un hombre de ciencia que, después de haber conocido el misterio de los chamanes, desistía del esfuer-

## Al abordaje de Polaris

JULIO REY (DE GALLEGOS & REY)

Toda Venecia es un reflejo en el agua, una acuática y sutil mancha de acuarela esbozada por el pincel de William Turner. Hugo Pratt se crió jugando al escondite con Neptuno entre las góndolas. Su vocación era inevitable. Un día de 1967 Melville le presta una astilla de la pata de palo de Ahab para que la utilice de paillero. A continuación, la pluma se hunde en las profundidades del tintero para después, cargada de tinta, empezar a realizar filigranas sobre el blanco virgen del espíritu del cachalote que Pratt intuye en la hoja de papel. Se inventa un pirata trotamundos, romántico perseguidor de amores amotinados, un dandi perfumado de salitre. Hugo Pratt le bautiza Corto Maltés y desde ese momento empieza su peregrinaje común por el destino.

La carta marina de Corto describe los agitados mares de entreguerras y con él, los lectores, son arrastrados por la corriente desde Nueva Guinea a Yemen, persiguiendo el rastro de Long John Silver.

A Corto, le tutean las voluptuosas sirenas, acariciadas por el lápiz de Milo Manara, a espaldas de Neptuno. Están enamoradas de su sonrisa, una raya de tinta fina, espontánea, nervuda y acogedora como la silueta de un islote esculpida sobre línea del horizonte para un naufragio, aprendida por Pratt de la técnica de Milton Caniff y Will Eisner. Las patillas del marino apuntan hacia el suelo, parecen muletas con las que se ayuda el aro de pirata, cada vez que toca tierra, prendido de su oreja. Maltés es un figurín elegante, de levita y cuello duro con corbatín, que rima con bergantín, descrito con un rasgo firme de línea despejada y vigorosa, rubricada por volúmenes negrosesados y extensos, en los que es inevitable buscar la estrella Polaris, en la cola de la Osa Menor. La Estrella Polar.

así como selló su destino. «Soy como Corto Maltés, que haciéndose un tajo en la palma de la mano con una navaja creó la línea de la fortuna que le faltaba», dice Pratt.

zo quizá inútil de explicar lo aprendido. Lo vivido, quizá, sólo vale la pena si se vive. Con Hugo, con Corto, con los dos... «Esos caminos hay que andarlos».